



EL MUSEO UNIVERSAL.

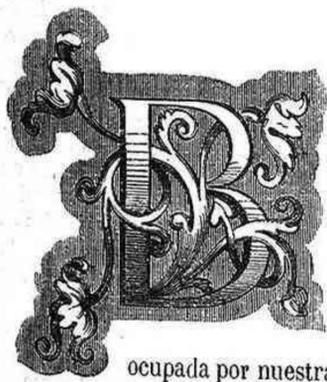
NÚM. 11. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID, 11 DE MARZO DE 1860.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 pesos.

AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



astante tiempo ha pasado desde que se interrumpieron las conferencias pacíficas entre el general en jefe y el príncipe Abbas; pero hasta el presente ningun suceso de importancia ha ocurrido en Africa en la parte

ocupada por nuestras tropas. Antes de emprender su movimiento sobre Tánger, el

general en jefe ha querido proveerse de todo el material necesario en víveres, municiones, pertrechos, etc., con una abundancia tal, que no dé motivo á temor alguno y asegure completamente el éxito de las operaciones. Según las apariencias se trata de trasladar la base de estas al *Fondac* ó venta entre los caminos de Tánger y Fez, punto estratégico que unos creen deberá tomarse á viva fuerza por estar ocupado por los moros y otros opinan que será fácilmente y casi sin resistencia conquistado. Desde allí el general O'Donnell dirigirá sus fuerzas contra Tánger si antes no se ha ajustado la paz.

Porque no debemos ocultar que en toda la semana anterior han corrido rumores pacíficos y aun se ha abogado por la conveniencia de abandonar á Tetuan y á Sierra Bullones. Un periódico ha dicho que Tetuan no valia lo que la aldea mas miserable de España, y que Sierra Bullones era un terreno completamente estéril, y ha opinado que toda esta esterilidad debíamos cambiarla por Mogador que es un puerto en el Atlántico acariciado por las brisas del Zahara y muy abundante en colmillos de elefante y otras preciosidades.

Dejar á Tetuan á los ocho dias de haber puesto su conservación por base de las negociaciones de paz, no parece probable ni en ciertas circunstancias nos pareceria posible. Por lo demás, la vega de Tetuan fertilizada por una abundantísima corriente de agua navegable en cierta estension desde su embocadura, refrescada por el ambiente de las montañas pobladas de árboles frondosos,

cubierta de huertos magníficos y ostentando la mas lozana y variada vegetacion, no puede llamarse un terreno estéril, como tampoco Sierra Bullones llena de bosque negro, en su mayor parte tan propio para la construcción, y de alcornoques tan estimados por la industria. Confesamos que Tetuan no es París ni siquiera Madrid; que no tiene bulevares, ni Prado, ni Fuente Castellana, ni calle de Alcalá, ni Carrera de San Gerónimo, y que si esperáramos encontrar algo que se pareciera á esto en una ciudad moruna, tenemos razon en llamarnos á engaño y quejarnos de la perfidia de los marroquíes, que ponderándonos su odalisca recostada en medio de jardines, nos han hecho tomarla creyendo que valia la pena. Pero en cambio Tetuan es una ciudad de treinta y cinco mil habitantes, todos materia imponible, como diria un hacendista, situada en ventajosa posición para el comercio con el interior y para establecer relaciones de todo género en el país, no menos que para enlazar las demás posesiones españolas de la costa del Mediterráneo.

En cuanto á Mogador no le desechamos, pero podemos tenerle cuando convenga; no así Tetuan que costaria mucha sangre siempre que se quisiera tomar.

Hemos querido restablecer los hechos acerca de Tetuan y Sierra Bullones, y por lo demás, dejamos á los periódicos políticos discutir las condiciones de la paz.

Las únicas operaciones que han llamado la atención estos dias, han sido las de la escuadra que al mando del general Bustillos ha bombardeado los puertos de Larache y Arzilla. El general Bustillos ha dado ya el parte detallado de estas operaciones: el bombardeo de Larache se verificó el 25, treinta horas despues de haberse roto las negociaciones de paz, y el de Arzilla el 26. Los habitantes de este último punto abandonaron la poblacion que quedó bastante mal parada: el fuego sobre Larache, aunque eficaz, no le fue tanto como el de Arzilla por el mal estado del mar que balanceando continuamente los buques dificultaba sobre manera la puntería. Los moros tenían en Arzilla once cañones y en Larache treinta y cinco, cuyos fuegos causaron algunas, aunque leves averías en los buques, y un muerto y once heridos en las tripulaciones. Por último, en el parte del general Bustillos se leen estas palabras que hacen su elogio:

«V. E. comprenderá que me ha contrariado en extremo verme obligado por las circunstancias insuperables á prescindir del ataque á Rabat. Por dos veces tuve mi rumbo en aquella dirección, y dos veces me forzó el tiempo á variar.

»Tal vez no faltará quien juzgue que no debí empre-

der el ataque con la gran mar del Noroeste que tuve en Larache; pero yo consideré de mi deber verificarlo, aunque aquella circunstancia me colocara en condiciones desventajosas, para que tuvieran principio las hostilidades marítimas inmediatamente despues de romperse las negociaciones de paz, no considerando conveniente retirarme de la vista del enemigo sin batirlo, y porque segun la opinion de los dos prácticos que tenia á bordo, seria muy difícil hallarlas mejores en la presente estacion.»

Siguen los donativos y el entusiasmo en las poblaciones por la guerra de Africa. Nuestros hermanos de Ultramar han dado una prueba de su patriotismo, enviando cuantiosos fondos y efectos de todas clases para el sostenimiento de los que pelean por la causa nacional. Las islas de Cuba y Puerto-Rico se distinguen en este movimiento entusiasta y han empezado ya á llegar los caudales y objetos ofrecidos por suscripción. En Buenos Aires se ha querido formar un batallon que viniera á compartir la gloria de nuestro ejército y en todos los demás puntos de América de un modo ó de otro los españoles se muestran animados del mismo espíritu. Enviámosles desde aquí la expresion de nuestra viva gratitud.

Ya han llegado á Alicante y están para llegar á Madrid los cañones cogidos en la Alcazaba de Tetuan. Uno de ellos, segun la inscripcion que tiene, perteneció al desdichado rey don Sebastian de Portugal que le perdió en la sangrienta jornada de Alcazarquivir. Mucho celebraríamos que el gobierno, como muestra de atención y aprecio á nuestros vecinos los portugueses, les devolviera ese cañon que para ellos debe ser un recuerdo precioso aunque de *saudosa* memoria. Nosotros propondríamos que se nombrara una comision que pasara á Lisboa á hacer la entrega ó bien que se invitara al gobierno portugués á que enviase una para recibirlo.

Mr. Hermann sigue *haciendo furor* entre los aficionados á los espectáculos de juegos de manos. Ya hemos hablado de su mérito en este género. Dícnos que tiene otro mayor, y es su caridad con los pobres: le damos la enhorabuena.

La otra noche se estrenó en el teatro de Oriente la ópera *Roberto Devereux* con un éxito bastante mediano, á lo menos en el segundo y tercer acto. En el primero se aplaudió á la Grissi, y á Mario, á pesar de hallarse bastante ronco. Squarcia y la Calderon hicieron lo que pudieron para contribuir al buen éxito de la ópera. Ya hemos dicho antes, que fue mediano.

El mal apóstol y el buen ladron continúan atrayendo concurrencia al teatro del Circo. El desempeño mejora,

Lo cual prueba cuán necesarios son los buenos y prolongados ensayos para todo.

Por esta revista, y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

VICTOR HUGO.

LA LEYENDA DE LOS SIGLOS.

I.

Una profunda aversión á la medianía en las artes es el rasgo mas característico de los hombres de buen gusto, y este sentimiento puede convertirse en pasión hasta degenerar en la mas ruda intolerancia. Uno de nuestros autores contemporáneos mas insignes llamaba *excepcionales* á los medianos poetas; y otro, de igual talento y no menos depurado criterio, los atormentaba con delicados epigramas. El diverso sesgo que en estos dos hombres eminentes tomaba la espresion de un sentimiento único, habia sido ya presentado en la escena por el discretísimo autor de la *Comedia nueva*. Don Pedro y don Antonio, caracteres magistralmente dibujados, conocen igualmente las ridiculeces literarias; pero don Pedro se aburre y don Antonio se divierte obedeciendo á sus opuestas genialidades.

¿Por qué ha venido este recuerdo á nuestra memoria al emprender con justa desconfianza el presente ensayo? —Porque, al hallarnos en frente de un eminentísimo ingenio; al sentir el vacío de nuestra escasa autoridad literaria; bajo el peso de esa influencia avasalladora que impone á la vez admiración y respeto, nos alienta la idea de que aquellos doctos varones, tan intransigentes con las producciones vulgares, fueron los primeros que saludaron en las obras de Hugo el advenimiento de un verdadero poeta. De *Nuestra Señora de París*, decia el señor Gallego, que no admitia comparacion sino con el Quijote. —Por lo demás, ¿quién pone hoy en duda que el autor de las *Hojas de Otoño* es el primer poeta de Francia y uno de los primeros del mundo...?

Victor Hugo ha unido su nombre á una gran revolucion en el arte, y aun algunos lo creen su autor único y exclusivo. Esta opinion es á todas luces errónea. El romanticismo es mas viejo que Victor Hugo: campea lozano en nuestro antiguo teatro, se remonta á épocas vulgarmente tenidas por clásicas, y, si hubiéramos de ceder al deseo pueril de los que buscan la personificación de cada época en un nombre propio, Calderon y Shakespeare, esas dos imperecederas grandezas, acudirían involuntariamente á nuestra pluma.

¿Pero existe en realidad el romanticismo? ó en otros términos, ¿pueden admitirse dos géneros en las artes? Permitáenos una breve digresion, no agena de todo punto á nuestro propósito.

Si el arte tiene por objeto la imitacion de la naturaleza, es inadmisibile la existencia de dos géneros. La naturaleza es invariable como el corazon del hombre: solo las formas de la sociedad experimentan modificaciones; y aun suponiendo que la naturaleza cambiase, los principios de la imitacion continuarían siendo los mismos. Poco importa que yo pretenda pintar un paisaje, un interior ó un retrato: las reglas del dibujo, del claro oscuro, de la perspectiva son las mismas. No hay, pues, mas que un solo género en las artes. El romanticismo es una ilusión ridícula. —Esto dice con profunda conviccion la escuela clásica.

Pero ¿cómo es que un género sin fundamento ha podido avasallar los sentimientos del público? Toda opinion que agita á cierto número de hombres indica una necesidad social, mas ó menos vaga. El romanticismo no ha de ser la única excepcion de la regla. —Penetremos algo mas en nuestro exámen.

Hay dos maneras de imitar la naturaleza: la copia servil y la imitacion embellecida. El arte oscila constantemente entre ambos límites. Acercándose demasiado al de la imitacion exacta, se espone á reproducir la fealdad y á escitar la repugnancia: si la imitacion es demasiado ideal, producirá la frialdad ó el fastidio.

Hubo un pueblo en quien lo ideal y verdadero parecían casi tocarse y confundirse. —Clima apacible, suelo cubierto de flores, religion que prestaba un alma á la materia; pasiones primitivas, costumbres sencillas y nobles; lengua melodiosa llena de frases musicales; facciones, trajes, todos los accidentes de la forma tan bellos cual si la pintura hubiera trazado su modelo; en fin, los sentimientos de familia, de patria, de libertad, ennobleciendo y elevando los caracteres... Esta era Grecia: allí tuvieron su cuna las artes. ¿Cómo no habían de alcanzar la perfeccion que hoy desespera? Allí el arte no tenia que hacer mas que escoger y copiar: esto bastaba á los artistas para ser sublimes. Los griegos no tenían, en punto á ideal, el mismo gusto que nosotros: para ellos era una combinacion feliz de sencillez y grandeza.

Los pueblos del Norte que invadieron la Europa esclavizada distaban ya mucho de esa sencillez poética: la mejor prueba es la complicacion de sus leyes. ¿Como se ha de encontrar el bello ideal en unos pueblos donde la rapiña está consagrada en los códigos? en esa edad media, triste mezcla de ferocidad y corrupcion, en que se

confunde el elemento bárbaro y el romano; en que al natural halago de las afecciones tiernas sustituyó el dominio de las pasiones atroces: en que se desconoció de todo punto la moral; la fuerza física y brutal usurpó el lugar del derecho; olvidóse el nombre de la libertad y la patria; la servidumbre y la esclavitud doméstica sirvieron de base á una sociedad ficticia: degeneró el amor en pasión frívola ó bestial; desapareció la religion bajo prácticas absurdas; y la herejía, el cisma, las guerras insensatas cubrieron de sangre la superficie de la tierra? Si en los antiguos todo era belleza y armonía, en la edad media todo era confusion y desorden. Los combates se suceden sin interrupcion y no conmueven la imaginacion ni enternecen el alma; y es porque en todos aquellos sucesos hay cierta extraña mezcla de ferocidad y ridiculo, mezcla horrible que aleja toda simpatía con unos hombres tan desfigurados por las costumbres. El vestido, los nombres, el lenguaje de estas gentes, todo, hasta las facciones mismas de sus rostros, contrasta con los tipos de perfeccion ideal que nos habíamos acostumbrado á admirar en los griegos.

De estas dos épocas, tan opuestas entre sí, han tomado origen dos diferentes escuelas. La clásica, pura y regular en sus formas, vive de la armonía que aspira en el mundo helénico: el romanticismo se alimenta de los contrastes de grandeza y ridiculo que caracterizan y afean á la edad media.

Cuando el torrente de las poblaciones del Norte dejó de correr para asentarse en el seno de Europa, cada pueblo, cada sociedad naciente inventó y se adaptó una especie de poesía. La española y provenzal fue una imitacion de la de los árabes; los italianos imitaron á los provenzales; Francia tuvo sus *trouveres*, émulo de los trovadores: Inglaterra y Alemania siguieron este movimiento. Pero la marcha habria sido muy pausada y esas literaturas habrían prolongado muchos siglos su infancia, si el tracto del tiempo no hubiese sacado á luz los modelos de literatura antigua sepultados en los cláustros. Italia, que era enteramente latina, y habia recogido en su seno los talentos fugitivos de Grecia, debió ser la primera que se consagrara de nuevo al estudio de las obras maestras de la antigüedad clásica. Al descubrir los magníficos tipos en que se revela la verdadera belleza, se despertó en su alma un afán de imitarlos que sofocó hasta la última tradicion de la edad media.

Entre tanto los españoles é ingleses, alejados del foco del renacimiento literario, obedecieron débilmente á su influjo, y, en sus romances, poemas y tradiciones populares, hallaron la fuente de una poesía nacional que no desdeñó á su vez la alianza con la clásica. Pero, en el fondo, la literatura de ambos pueblos, marcada con el sello de una originalidad vigorosa, se distingue por esa ruda virilidad que imprime la imitacion *directa* de la naturaleza, participando de la exageracion y desorden que distingue á las literaturas de la edad media.

La Francia es un pueblo burlon y naturalmente antipático á la poesía grave; no conserva ninguna tradicion de poesía que, con propiedad, pueda llamarse seria. Ronsard, que es su primer poeta de este género, es un imitador fanático de los antiguos. Su literatura, original, libre, espontánea, entregada á sí propia, es la espresion de la malicia y alegría de su carácter. La seriedad no es indígena en Francia: la poesía grave es una imposicion de los sabios y el siglo de Luis XIV fue la dictadura intelectual de algunos grandes genios. —

La consecuencia de estos ligeros apuntes, es que el romanticismo trae una fecha mas antigua de lo que se cree generalmente. Considerado en sus desenvolvimientos históricos, tiene su punto de partida en la edad media: mirado bajo el aspecto artístico, ó de la forma, es la contraposicion ó antítesis del arte griego. En ambos casos, su iniciacion corresponde á la época literaria que coincide con la infancia de los pueblos modernos, desde que, subyugados por las razas del Norte, comenzaron á disfrutar de vida propia.

RICARDO DE FEDERICO.

RECUERDO HISTORICO

DE LA TOMA DE HÁBITO EN EL CONVENTO DE SAN ANTONIO DE GRANADA, HECHA EN 1786 POR EL NOVICIO SCHERIF DE MENDOZA, LEGÍTIMO HEREDERO DEL TRONO IMPERIAL DE MARRUECOS (1).

En los primeros dias del mes de marzo del año de 1786, se preparaba en las silenciosas celdas del convento de religiosos descalzos de San Francisco de la ciudad de Granada, uno de aquellos ruidosos acontecimientos que la posteridad entrega pronto al olvido, pero que al verificarse embargan la atencion de los contemporá-

(1) Todas las noticias y todos los datos contenidos en el presente artículo, son históricos y están escritos en vista de los documentos originales reunidos el año de 1786 en Granada con el siguiente título: *Autos de informacion y diligencias que se practicaron para que vistiese nuestro santo hábito en esta provincia de San Pedro de Alcántara de religiosos menores descalzos de N. P. S. Francisco, para el estado del coro, el señor don Josef, Maria, Francisco Scherif de Mendoza, Rubio y Guerrero, sobrino segundo del emperador actual de Marruecos, y nieto del último que legítimamente ocupó aquel trono.* — Forman un tomo en folio de unas noventa hojas en papel y letra del siglo XVIII, con firmas, rubricas y sellos auténticos que conserva uno de los individuos de la misma familia Scherif.

neos y dan lugar á mil diversas y peregrinas conjeturas.

Hallábase en su celda el padre guardian, Fray Antonio Aguilera, y con trémula pluma, que demostraba el gozo de que estaba poseido, escribía precipitadamente al padre fray Salvador de Molina, maestro provincial de San Pedro de Alcántara, la novedad tan impensada como plausible de pedir el hábito de la religion nada menos que un sobrino del emperador reinante en Marruecos, sucesor legítimo y directo del trono de aquel imperio.

«El señor don Antonio Carrillo de Mendoza (decia el padre guardian al maestro provincial) intendente de esta ciudad de Granada y su reino, tutor por S. M. — Dios le guarde — de dos jóvenes que dicen ser sobrinos del emperador de Marruecos reinante y nietos del antecesor, y están estudiando en el colegio de San Miguel de esta referida ciudad, me presentó al mayor de ellos, que se llama don José Scherif de Mendoza y Rubio, diciendo que pretendia vestir el hábito para el coro en esta nuestra provincia, y que habia hecho con él cuantas esperiencias eran posibles y que constaba de su verdadera vocacion.

«A instancias eficaces de dicho pretendiente concedió el señor intendente se quedase en este convento para que tocase mas de cerca el estado que intentaba abrazar, y yo me consentí en ello con anuencia de NN. PP. de esta provincia.

«Desde el primer dia de cuaresma sigue todos los actos penales como si fuere un novicio con ejemplo de toda esta comunidad. El señor intendente va á dar parte al rey de la resolucion de este mozo, y yo la doy á V. G. como es de mi obligacion para que me mande lo que debo hacer.

«Convento de San Antonio de Padua de franciscanos descalzos de Granada y marzo 7 de 1786.»

La satisfaccion con que recibia fray Salvador de Molina tan inesperada noticia, bien se deja entender por el auto de consulta que en su convento de San Diego de Cartagena, espedia el 10 del propio mes, para el reverendísimo padre comisario general fray Antonio Josef Salinas, suplicándole encarecidamente le comunicase sus instrucciones á fin de proveer con prontitud y acierto sobre semejante negocio que debia llamar la atencion del mundo católico y acrecentar el prestigio de la religion franciscana. *Caso bien raro nunca visto en la religion y portento de mucho honor para el santo hábito*, se llama á la piadosa pretension del joven descendiente de la casa imperial de Marruecos, en las primeras cartas que mediaron entre el padre provincial de San Pedro de Alcántara y el comisario general, para establecer el modo como debiere lograrse de Su Santidad la dispensa necesaria, pues una de las constituciones del papa Gregorio XIII, declaraba del todo inhábil para la entrada en su religion al que descendiese de judío, de herege ó mahometano, y en este último caso se hallaba el pretendiente Scherif de Mendoza. En efecto, el joven Scherif, nacido en Marchena, era hijo de don Josef María Cayetano Scherif de Mendoza, hijo del emperador de Marruecos reinante en 1740.

Sin embargo, las continuadas instancias que se hicieron, las reiteradas súplicas del pretendiente, el interés que su vocacion inspiró en principalísimas personas, todo concurrió para que el rey escribiese desde Madrid á 14 de abril del mismo año de 1786, al arzobispo y al intendente de Granada, aprobando las disposiciones hasta allí tomadas respecto del devoto Scherif, permitiendo que pudiese tomar el hábito en el convento de religiosos descalzos de San Pedro de Alcántara, y encargándoles estuviesen á la mira para que el novicio recibiera toda clase de auxilios hasta que llegase el caso de profesar. Y no podia ser otro el comportamiento de Carlos III, de aquel gran rey que sabia procurar á sus súbditos la manera de conservarse en paz y no carecer de medios de subsistencia. Por motivos que fácilmente podrian explicarse, ya hacia tiempo que protegía al joven Scherif y su hermano, pues les educaba como hemos visto á sus reales espensas en el colegio de San Miguel de Granada: ahora, no obstante, consumaba su obra bienhechora, permitiendo que el descendiente del legítimo emperador de Marruecos, por cuyas venas corría la sangre de los eternos enemigos de la cristiandad, entrase en un convento en donde de dia y de noche no iba á hacer otra cosa que rogar al Salvador de los hombres por la conversion de los infieles, sus mismos hermanos.

Continuando el señor don Josef Francisco Scherif de Mendoza en su verdadera vocacion, reiterando sus instancias, y obtenido el real permiso del monarca, determinó la comunidad admitirle bajo la protesta de impetrar de Su Santidad todas las dispensas necesarias para hacer válida su recepcion, profesion, habilitacion para recibir las sagradas órdenes, y últimamente, para obtener los oficios y dignidades de la religion franciscana. El noviciado no tardaba en inaugurarse en el convento de San Antonio de Granada.

Eran las diez de la mañana del dia 3 de mayo de 1786, y la noticia de que al fin se admitia como novicio el sucesor directo al trono de Marruecos, habia agolpado á los granadinos con sus vistosos trajes y su carácter siempre jovial y bullicioso á los alrededores de la iglesia en donde iba á tener lugar un acto tan importante. El arzobispo, acompañado del intendente, de otros muchos señores de la nobleza y de infinitas gentes, fue recibido por la co-

mun...
ba y...
rio p...
del t...
el te...
el ar...
nia,
Ven...
Ilust...
la re...
to de...
lega...
mon...
al ca...
cia d...
soler...
Ilust...
L...
novi...
por...
cias...
Sant...
lativ...
perfe...
por l...
Al...
larg...
obtu...
docu...
fray...
hem...
parti...
Tetu...
rif y...
años...
mist...
caric...
tor e...
Moh...
Josef...
una...
das l...
orige...
las s...
todos...
nera...
trash...
de in...
sent...

Por...
Muley...
el imp...
ben-H...
novici...
en Mo...
belde...
De...
hijo d...
por de...
sucesi...
aquí s...
doza l...
No...
tórico...
ca de...
lete c...
todos...
(1) A...
Atmost...
rif. Est...

—La madre Asuncion, decia la abadesa al médico, me parece muy enferma: ha sentido demasiado su separacion de Carlota. ¿Qué enfermedad padece, don Agustin?

El médico movia tristemente la cabeza y contestaba:

—Aun pudiera tener remedio.

—Pues bien, decia con anhelo la buena abadesa: es necesario que lo tenga.

—Dios, solo Dios, contestaba don Agustin, puede curar enfermedades como la que padece la madre Asuncion.

Y no decia mas.

Al fin un día apremiado por la abadesa, dijo.

—La enfermedad de la madre Asuncion, tiene un nombre terrible.

—¿Cuál?

—Aneurisma.

—¿Aneurisma! ¿y qué es aneurisma?

—El aneurisma es la muerte, contestó don Agustin, y salió.

XXXIII.

Las monjas son muy curiosas: como que son mujeres. Ya sabeis que la curiosidad de Eva perdió á su descendencia.

Pero cuando las monjas pueden cubrir su curiosidad con el pretexto de la caridad ó cuando de buena fe la creen caridad, su curiosidad se convierte en un espionaje feroz.

Asuncion estaba en el caso de ser observada por caridad y se la observó.

Siempre habia una



MULEY-ABBAS, JEFE DEL EJÉRCITO MARROQUÍ, TOMADO DEL NATURAL.



EL GENERAL PRIM Y SUS AYUDANTES. (DE FOTOGRAFIA.)

espía caritativa que siguiese sus pasos; que observase sus acciones, que la viese en el panteon durante horas y horas, replegada en un ángulo, llorando de una manera histérica, estremeciéndose levantando la cabeza al mas ligero ruido, escuchando con ansia, como quien desea percibir los pasos de una persona ardentemente esperada.

Siempre habia alguna monja que mirara por un pequeño agujero que se habia abierto en un tabique de la celda de Asuncion: y entonces la observadora veia á la infeliz, pálida, enflaquecida, sentada al sol, aun en el verano, y siempre en el mismo sitio: frente al balcon, en una pequeña silla: en aquella silla, en aquel sitio, era donde acostumbraba á sentarse Carlota para hacer labor.

Asuncion tenia sobre su falda, cuando se sentaba en aquella silla una multitud de pequeños objetos.

Todos aquellos objetos, un pañuelo viejo, una cruz de plata, un relicario, una hoja de papel escrita, un libro de devociones, un rizo de cabellos rubios, todo aquello habia pertenecido á Carlota.

Asuncion examinaba aquellos objetos sucesivamente, los dejaba, los volvía á tomar, los besaba llorando, los recogía por último cuidadosamente: miraba con ansia si habia dejado olvidado alguno, se levantaba y los guardaba en un pequeño cofre.

Luego iba á arrojarlos en un lecho blanco y reducido, y lloraba desconsoladamente, vuelta de rostro á la almohada.

En aquel lecho habia dormido once años Carlota.

Otras veces, cuando Asuncion hacia su frugal comida, se la veia estremecerse, y apartar el plato, y romper á llorar.

Era que el manjar que el plato contenia, era uno de los que mas gustaban á Carlota.

Este dolor, esta monomania de amor, no puede comprenderlo mas que una madre al recordar la impresion que le ha causado el encontrar en un rincon ó en el fondo de un baul, un zapatico viejo, ó un pequeño pañuelo que han pertenecido á su hijo muerto.

A los demás debe parecerles lo que referimos acerca del dolor de Asuncion, fastidioso y monótono.

XXXIV.

Pasaron asi dos años. Asuncion cada día mas pálida y mas débil. El médico mas grave, mas triste cada día que observaba el curso de su enfermedad.

Una mañana, una hermosa mañana de primavera en que Asuncion procuraba templar al sol el frio de su alma, entró una lega de la tornera en su celda y la dió una carta.

Asuncion tomó aquella carta de una manera distraida, la abrió y arrojó sobre ella una mirada fria.

Pero instantáneamente dió uno de esos horribles gritos que salen del fondo del alma, se puso violentamente de pié, dejó caer la carta, se levanta el hábito por delante para que no la embarazase y dió á correr como una niña, riendo, llorando, loca, feliz, llena de una nueva vida.

Leamos aquella carta.

Era muy breve, pero tras su laconismo se encubria algo horrible.

Hé aquí su contenido:

«Madre: tú eres lo único que me queda en el mundo y vengo á ampararme de tí.—Carlota.

XXXV.

Asuncion, se trasladó de su celda al locutorio en dos segundos, se abalanzó á la reja interior (los locutorios tienen dos rejas separadas por un espacio como de una vara) y clavó los ojos dilatados, ansiosos, ardientes, enamorados en una jóven que estaba de pié delante de la reja exterior. Aquella jóven era Carlota.

Mas alta, mas bella que cuando salió del convento. Pero flaca, pálida, enferma, dejando ver en su semblante la tristeza y el desaliento de la desesperacion.

Su traje era bello, elegante y aun rico, pero muy

usado, y puesto con negligencia, con el desaliño que se nota en todo aquel que es profundamente infeliz.

Y además Asuncion por instinto, veia en Carlota algo que la espantaba.

—¿Vienes para quedarte conmigo? dijo con ansia Asuncion.

—¡ Ah, sí, madre! contestó la niña, ¡y ojalá que nunca me hubiera separado de tí!

—No me has escrito en dos años, no he sabido de tí y me estoy muriendo.

—No he podido escribirte, madre.

—Pero te quedas ¿no es verdad?

—Si tú quieres recibirme, sí.

—¿Que si te quiero yo recibir? ¿Dios mio! ¿que si te quiero yo recibir? ¿Qué habia yo pedido á Dios y á su

TIPOS DEL IMPERIO DE MARRUECOS.



Cadi. Mujer en traje de calle.

Judios. Negociante.

Arabe rico y su criado. Moro noble.

Soldado ordinario de la guardia negra.

Mujer en traje de casa.

Mujer del pueblo. Rifeño.

Santa Madre, sino verte antes de morir? ¿Pero no vendrá tu madre otra vez por tí, no es verdad?

—¡Mi madre...! mi madre ha muerto, exclamó Carlota con un acento singular, seco, horrible.

—¡Ah! nadie puede sacarte de aquí ya... ¡pero si profesas nadie podrá sacarte!

—Yo no puedo ser esposa del Señor... Yo no tengo ya pureza que consagrarle.

Y la pobre jóven cayó de rodillas, apoyó su cabeza coronada por sus hermosos cabellos rubios en la reja y rompió á llorar.

—¡Que no tienes pureza...! exclamó Asuncion sin comprender á Carlota. ¿Que no puedes ser monja!

Carlota se levantó: comprendió la atonía que se revelaba en el semblante de Asuncion, y dijo:

—Serán necesarias ciertas formalidades para que yo vuelva á entrar en el convento.

—Mi confesor, aquel don Pedro, que ya está muy viejo...

—Sí madre, sí: ¿dónde vive?

Asuncion le dió las señas de su confesor.

—Y ahora madre, dijo Carlota, cuyas mejillas se coloraron fuertemente ¿tienes dinero? Vengo desde muy lejos, y á pesar de que he gastado muy poco en el camino...

... acabo de llegar y no tengo donde recogerme, ni dinero, ni alhajas, ni ropas... mas que las puestas.

—Espera, espera, dijo Asuncion; sí: tengo dinero... todo el dinero que he ahorrado en quince años para tu dote... espera hija mia.

Y salió precipitadamente del locutorio.

—¡Mi dote de monja! exclamó tristemente Carlota:

¡Ah! ¡Dios mio!

XXXVI.

Tres dias despues Carlota, obtenidas las licencias necesarias entró de nuevo en el convento.

De nuevo vistió su sencillo traje de educanda.

De nuevo durmió; ó se acostó para no dormir sin ó con un sueño inquieto y breve en su modesto lecho blanco.

La alegría habia vuelto al semblante de Asuncion.

La alegría de la felicidad, de la paz del alma.

Volvió á tomar doncella, no para que la sirviera á ella, sino para que sirviera á su niña.

Y fue preciso que se limpiara el menaje, fue necesario reunir los dispersos moldes de flores, porque era necesario hacer dulces, adornar ramilletes, para añadir algun dinero á la asignacion.

La celda volvió á tener vida, y las buenas monjas se alegraron.

Pero no así el médico.

—Hemos ganado, sí, dijo á la abadesa: teniamos una enferma y nos encontramos con dos: con dos enfermas incurables: el aneurisma era poco, y nos encontramos con la tisis.

(Se concluirá.)

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

Nuestro amigo el señor Alarcon, bien conocido de los lectores del MUSEO UNIVERSAL, nos ha remitido la siguiente carta y el anterior retrato, que le agradecemos cordialmente.

Sr. director del MUSEO UNIVERSAL.

Mi muy querido amigo: acabo de pasar media hora contemplando á mi sabor á Muley-Abbas, mientras que mi amigo, el célebre dibujante francés Mr. Iriarte, copiaba la magnífica figura del vencido príncipe. Como una prueba de cariño á mis antiguos lectores, los suscritores del MUSEO, les mando esa curiosa imagen, la mas fiel y verdadera de cuantas se le inventen al desgraciado Emir. Ahora, por si la pluma puede añadir algun colorido á la obra del lápiz, hé aquí la impresion que me ha causado Muley-Abbas.

Figuráos un hombre alto, fuerte y recio, pero no grueso; de noble apostura, de distinguido porte y de graciosos modales. Viste el traje talar de su país: un ropaje amarillo debajo de todo; luego, una especie de túnica azul, pero de ese azul muy claro que llaman los franceses azul de agua: despues le cubre de piés á cabeza, un ondulante y magnifico jaique blanco de delicado merino, cuyos dóciles pliegues delinean la forma del turbante, rodean su cabeza y su cuello completamente, marcan las principales líneas de su cuerpo y flotan al fin casi rozando con la tierra, pero dejando ver unas botas de rico tafilete amarillo, bordadas de seda, sin suela ni tacón, muy arrugadas ó rizadas, y reducidas á la forma de la

pierna. Un ancho feston de seda azul sujeta la capucha del jaique sobre su cabeza, pasando una línea que á lo lejos parece una corona triunfal ó sagrada, como las que usaban los druidas. Todo este traje luce por su riqueza y por su sencillez; ni un bordado, ni un adorno, ni un hilo de oro, nada interrumpe la severidad de aquella elegante y artística figura que parece tallada en mármol griego. Solo lleva, como recuerdo, distintivo de raza ó signo de autoridad, un rosario de ámbar negro liado á la muñeca derecha, un diminuto arete de oro en una oreja y un anillo blanco egipcio en el dedo meñique de la mano izquierda. El rosario se lo saca frecuentemente del brazo, como una dama se quita una pulsera, y aspira con placer el aroma que despiden.

Vamos ahora á su cabeza.

El rostro del Emir tiene todos los caracteres de la verdadera belleza meridional: recuerda al *Eliezer* de nuestros pintores valencianos. Es muy moreno, y lo parece mas por estar su semblante rodeado, como el de las monjas, por una toca de deslumbradora blancura. Su barba negra, larga y sedosa, ondulada á merced del aire, y en ella blanquea alguna que otra cana. Sin embargo, el príncipe no pasará de los treinta y cinco años. Su perfil llama la atención por la limpieza y magestad de la línea: la nariz es bien proporcionada; la frente noble; la boca un tanto africana; pero rasgada con energía y dejando ver una dentadura tan blanca y tan brillante que parece de transparente nácar. Sus ojos, negros y tristes, miran con calma y lentitud. Adivínase todo el fuego que puede llegar á animarlos, al ver la rigidez que los mantiene abiertos ó la pesantez con que se cierran; pero mientras yo lo estuve mirando, aquellos ojos parecían apagados, como si todo el calor y la vida del Emir hubiesen refluído á su corazón.

Finalmente, Muley-Abbas estaba abatido, pero circunspecto: triste, pero digno y respetable: vencido, pero no domado: humillado, pero sin haber perdido el aprecio de sí propio. Conociase que se hallaba satisfecho de su conducta, si bien disgustado de la de los demás y sobre todo de su suerte. Su humildad era resignación: su mansedumbre, patriotismo. El vencido general inspiraba, pues, una compasión y un respeto que no deben confundirse con la piedad ni con la lástima: yo, á lo menos, al verle acariciarse la barba con aquella mano desnuda, fina y correctamente delineada; al ver sus ojos parados y como fijos en remotos horizontes; al oír su palabra viva, ligera, breve, sonora, como un eco metálico; al contemplar en fin, su grandiosa figura, tan llena de majestad y de pesadumbre, experimenté una viva simpatía hacia aquel enemigo de mi Dios y de mi patria... Y fue acaso que lo ví con ojos de artista, y que personifiquen en él al desgraciado y valeroso Muza, á quien aman todavía en Granada los vigésimos nietos de los conquistadores de la Alhambra.

P. A. ALARCÓN.

RECUERDOS DE UN MEDICO INGLÉS

EN MARRUECOS.

(1789-1790).

(CONTINUACION).

»La lepra parece ser hereditaria; y como muchas generaciones sucesivas suelen verse atacadas de ella, este hecho puede hacer sospechar que tiene mucha semejanza con la lepra de los antiguos. Los tumores y la hidropesía que el doctor inglés observó en gran número entre los naturales, proceden, en su juicio, de su mala alimentación, pues el pueblo no tiene para su subsistencia sino pan grosero, frutas y vegetales.

»Toda la ciencia de los médicos del país está reducida á escoger y buscar en antiguos manuscritos algunos remedios muy sencillos, que administran sin discernimiento. Su método habitual de tratar todas las enfermedades, es empezar por la sangría; en pos de esta vienen las ventosas, las escarificaciones y los fomentos. También propinan cocimientos de diferentes plantas.

»Tienen cirujanos bastante atrevidos para practicar la punción del hidrocele con la lanceta, y según dice Lemprieres, hasta se atreven á bair la catarata. No he tenido ocasión de verles hacer esta operación, durante mi permanencia en Berbería; pero uno de sus cirujanos me dijo que la había practicado con buen éxito. El instrumento de que al efecto se servía, no era en suma otra cosa que un alambre de cobre cuya punta estaba muy aguzada.»

Los mahometanos, á pesar de su creencia en la predestinación, recurren á la medicina en sus mas ligeras indisposiciones; tienen la mayor confianza en los médicos, lo cual, sin embargo, no les impide conceder una fe absoluta á la salutífera influencia de los encantos y amuletos.

Entre el gran número de enfermos que acudieron á consultar con Lemprieres en Larache, solo hubo uno que le diese alguna prueba de gratitud; todos los demás, lejos de gratificarle por sus desvelos, mostraban hallarse persuadidos de que le dispensaban un favor al dirigirse

á él. El único moro que no le pagó con la ingratitud, era un anciano, superior al vulgo, que de tal manera supo apreciar sus atenciones hacia un ser á quien amaba mucho, que, para recompensarle, le envió al momento aves y frutas. Fue además á visitar al doctor antes de su partida, y le aseguró que nunca olvidaría el servicio dispensado por él á su protegido, é insistió en que aquel le prometiese que á su vuelta no iría á alojarse sino á su casa. Este ejemplo de generosidad, muy comun en los siglos XV y XVI, había llegado á ser tan escaso entre los moros, que Lemprieres creyó debía hacer mención de él.

El 4 de octubre, á las seis de la mañana, salió de Larache, y á las diez pasó el Clough. Aquella misma tarde descubrió las ruinas de un castillo construido antiguamente por un personaje moro llamado Darcoresy, que fue condenado por el emperador á ser decapitado y á ver destruido su castillo.

Caminando de Larache á Mamora, Lemprieres no pudo menos de admirar la hermosura de los parajes que atravesaba. El camino estaba simétricamente adornado á un lado y otro por árboles de diferentes especies, y mas natural parecía imaginar que se recorria un jardín embellecido por el arte, que uno de los mas incultos países del mundo. Lemprieres atravesó muchas llanuras, nunca trabajadas por la mano del hombre, pero que presentaban el aspecto de las mas fértiles campiñas. A muy corta distancia del camino veía lagos de muchas millas de longitud, cubiertos de aves acuáticas, y á cuyas orillas se extendían numerosos campamentos árabes. La hermosura del día añadía numerosos encantos á estas variadas escenas de la naturaleza. A las cuatro de la tarde la caravana llegó á las orillas de uno de estos grandes lagos, y el doctor hizo colocar su tienda en medio de uno de aquellos campamentos.

Estos están, por lo regular, lejos de las ciudades y próximos á las aldeas. Las tiendas son muy espaciosas, y están construidas con hojas de palmera y pelo de camello, sostenidas por robustas cañas, y fijadas por los lados en el suelo por medio de cuñas de madera. Las tiendas árabes se parecen, en su forma, á un sepulcro ó á la quilla de un buque vuelto hacia arriba. Son muy bajas, y generalmente están pintadas de negro. La tienda de un saik (*sheik*) ó jefe, es mucho mayor que las demás, y siempre está colocada en el punto mas culminante del campamento. Los árabes dan á estos campamentos el nombre de *douars* (*aduare*). El de las tiendas varía según el de los individuos que forman una misma familia ó una tribu. Algunos de estos *douars* no tienen sino cuatro ó cinco, al paso que en otros hay mas de ciento. Los campamentos forman un círculo ó un cuadrilongo, pero la forma circular es la mas comun. Los árabes dejan pacer sus rebaños en completa libertad todo el día, y toman las mayores precauciones para ponerlos en seguridad durante la noche. Sus tiendas no tienen abertura hacia el Norte, sino hacia el Mediodía, evitando por este medio la acción de los vientos septentrionales, que se hace sentir bastante en los países de que hablamos.

Los árabes que viven en estos campamentos, parecen de una raza diferente de la de los moros que habitan en las ciudades.

Merced á la educación que reciben, y á sus frecuentes relaciones con los europeos, los segundos, que, por otra parte, son mas numerosos, son mas civilizados, pues los primeros, esto es, los árabes, por efecto de su vida nómada, no conocen otras relaciones que las que les unen á su familia y á sus hereditarias costumbres.

»Como este pueblo extraordinario, decía Lemprieres, vive siempre reunido en tribu, no se enlaza con las tribus extranjeras. Un árabe no se casa nunca sino con una mujer de la tribu á que pertenece. Y obedecen tan ciegamente esta costumbre, que á no ser pariente en un grado cualquiera, no se puede habitar en el mismo campamento.

El marido, la mujer y los hijos viven bajo la misma tienda, sobre pieles de carnero que les sirven de cama. Los hijos viven en compañía de sus padres hasta que se casan. Entonces la familia de los nuevos esposos les da una tienda, un molino de mano para moler el trigo, un gran cesto, una taza de madera y dos platos de barro, cierto número de camellos, vacas, carneros, machos cabríos y cabras, y una cantidad de cebada y trigo proporcionado á los bienes de fortuna de los padres. Una vez celebrado el matrimonio, los esposos adquieren el derecho de hacer pastar sus rebaños en la inmediación de su tienda y labrar las tierras que la rodean.

Es bastante raro que un árabe tenga mas de una mujer. El bello sexo es, en general, muy feo en estas tribus. Así es que las mujeres que van á las ciudades, ponen el mayor esmero en ocultar el rostro, pues no quieren ser vistas por los extranjeros; estos, por su parte, deben mostrarse agradecidos.

Cada campamento está bajo el mando de un sheik, que desempeña las funciones de juez, siendo él quien dicta el castigo que debe imponerse á los culpables, y hasta los sentencia á muerte. El emperador nombra los sheiks, y por lo regular los elige entre los propietarios mas ricos del país. Estos funcionarios tienen en medio de su campamento una tienda vacía, que les sirve de mezquita; en ella los viajeros reciben hospitalidad en nombre de toda la tribu, y se les sirve una abundante

comida. Al salir el sol, los hijos se reúnen y recitan las oraciones que están grabadas sobre una tabla siempre colgada en la tienda: toda la educación de los árabes de esta parte de Marruecos, se limita al conocimiento y recitado de esas preces.»

Quando el lugar donde se ha establecido una tribu árabe, se hace menos productivo, y sus rebaños no encuentran ya el sustento necesario, levanta sus tiendas y marcha á fijarse á un paraje mas fértil. Lemprieres encontró un día á una de estas tribus que trasladaba á otra parte sus tiendas; las mujeres, los hijos y los útiles ó aperos agrícolas de esta tribu nómada, eran conducidos por mulas, camellos, vacas y bueyes.

En el imperio de Marruecos nadie tiene propiedad alguna, y todo el territorio próximo á las ciudades pertenece al emperador. Esto explica perfectamente el establecimiento á larga distancia de estas, de los aduare árabes. Los árabes consiguen el permiso de trasladarse de un lugar á otro y de adquirir algunos campos, dirigiéndose á los bajás de sus provincias, á quienes pagan en remuneración de este favor, un tributo anual.

El doctor inglés tuvo motivo de felicitarse por la buena acogida que le hicieron las hospitalarias tribus de los campamentos árabes, que á competencia se esmeraban en servirle cuando llegaba á uno de ellos, y en armar su tienda. Todos se agolpaban á su derredor, pero sin ninguna intención dañina y por mera curiosidad; lejos de esto, todos se mostraban deseosos de servirle.

El vestido de los árabes, dice Lemprieres, consiste en un sayo grosero de lana que se ciñen á la cintura por medio de una correa; á la parte de este vestido que baja desde la cintura, le dan el nombre de *cashove*. Llevan tambien una especie de camisa de lana ó algodón, llamada por ellos *kaick*. Al salir de su tienda, échanse encima un gran manto, que negligentemente arrojan hacia atrás y que les sirve tambien para cubrirse la cabeza (este es el *bornous* de los pueblos africanos). Sus cabellos son cortos y los llevan enteramente cubiertos bajo una red; por lo demás, no usan turbantes, ni gorros, ni medias, ni aun sandalias, que son el calzado comun del país.

El traje de las mujeres es casi igual al de los hombres, sin mas diferencia que la de que su *cashove* forma hacia la espalda una especie de saco que les sirve para llevar sus hijos; por este medio pueden entregarse á todas las ocupaciones domésticas, sin separarse de sus niños de pecho. Llevan el cabello artísticamente arreglado y cubierto con un pañuelo con que ciñen su cabeza; no hay una sola que no vaya adornada con un collar de perlas, pues su afición á los adornos de oro ó de plata es estremada.

Sus hijos van enteramente desnudos hasta la edad de nueve ó diez años, pasada la cual los visten, y empiezan á acostumarlos á las faenas agrícolas. El alimento de los árabes nómades es igual al de los moros que habitan en las ciudades: el *cuscussu* es el manjar favorito de unos y otros. Comen tambien carne de camello y de zorro, y no desdeñan la de gato, que es para ellos un verdadero regalo; comen tambien pan de cebada cocido sin levadura, en forma de tortas.

El color de su piel es atezada, con cierto matiz verdoso. Su activo género de vida da á sus facciones mas espresion que la que presentan las de los habitantes de las ciudades, que en general son mas afeminados. Sus ojos son negros, y sus dientes blancos y perfectamente alineados.

La estrecha union que reina en estas pequeñas sociedades, les hace ser malos vecinos; así, pues, cada tribu desprecia á las demás. De esto se originan discordias, que muchas veces dan por resultado escenas trágicas, que nunca terminarían sin efusion de sangre, á no intervenir la autoridad del emperador. Cuando este quiere restablecer la paz entre las tribus, no se toma la molestia de informarse de quién tiene ó no la razon de su parte; habla como señor absoluto, y la calma renace, á lo menos por algunos instantes. El emperador hace pagar su mediación á los dos bandos hostiles, pues además de un castigo corporal, los condena al pago de crecidas multas. Este es un excelente medio para hacer tratables á gentes tan susceptibles y quisquillosas.

Además del producto que el emperador reporta de una justicia tan lucrativa, los árabes le pagan el diezmo de sus rentas; algunas veces exige un impuesto extraordinario equivalente al valor de la cuadragésima parte de su hacienda, para la manutención de sus tropas. Este desgraciado pueblo está sujeto á todos los vejámenes que el capricho, no contrariado del déspota, puede sugerirle, para la satisfacción de reales ó imaginarias necesidades.

El primero de estos impuestos (el diezmo) se cobra indiferentemente en trigo, ganado ó dinero; los demás se pagan siempre en especie.

Los medios que el emperador emplea para sacar dinero de sus súbditos, son sencillos y espeditos. Trasmite al *bacha* ó gobernador de la provincia, la órden de pagarle en un plazo determinado, la cantidad que necesita. El *bacha* hace al punto contribuir á las ciudades y campamentos que están bajo su mando; y á fin de remunerarse de tan gran trabajo, casi nunca deja de duplicar la contribucion. Multitud de subalternos imitan su ejemplo, y cada cual se apropia por su parte, lo mas

que puede. Así, por medio de esta cadena de déspotas, cuyo primer eslabon empieza en el emperador, terminando el último en el mas infimo de sus agentes, ese infortunado pueblo paga cuatro veces mas de lo que debería pagar. Cuando los árabes, para sustraerse á estas exacciones, se niegan al pago, el emperador hace marchar contra ellos tropas que marcan su huella con toda clase de escesos.

Los extranjeros que visitan los campamentos de los árabes, están en ellos en completa seguridad. Si se les hace algun insulto, ó solo son robados de noche, todos los árabes de la tribu que le ha dado hospitalidad, son responsables del daño que se le ha inferido. Así es, que el viajero necesita rodearse de menos precauciones en este pueblo grosero y semi-salvaje, que en las naciones mas civilizadas de Europa.

Los lagos están cubiertos de aves acuáticas y llenos de anguilas. La pesca de estas se hace de una manera bastante curiosa. Embárcanse en un barquichuelo de unos seis piés de largo y dos de ancho, hecho de juncos y cañas perfectamente enlazadas, y dentro del cual solo cabe un hombre. La parte anterior de este barquichuelo termina en una punta encorvada á manera de un patin, y á causa de su ligereza se maneja fácilmente con una larga vara.

Cuando un árabe quiere pescar anguilas, enlaza muchas cañas, á cuya estremidad clava un pedazo de hierro puntiagudo y dentado. Armado con esta especie de tridente, el pescador acecha las anguilas, y cuando las ve en el fondo del agua, las hierre con tanta ligereza y seguridad, que pocas veces yerra el golpe.

Los árabes se ocupan especialmente en el cultivo de las tierras próximas á sus campamentos; pero esto no les impide sacar partido de los terrenos distantes de los lagos, y á los que solo dan una labor al año, con un arado provisto únicamente de un surco de madera. Este cultivo tan sencillo, hecho sin otro abono que la paja que se quema á fines de otoño, produce cosechas de cebada y trigo bastante copiosas para proveer, no solo al consumo de los árabes, sino tambien para vender parte de ellas en los mercados próximos. Cerca de los lagos y en las lagunas, sus rebaños encuentran abundantes pastos. He visto un prodigioso número de estos, que presentaban el mas agradable golpe de vista.

Tienen lugares de reunion para sus mercados, donde van una vez por semana. A ellos llevan trigo, frutos, volateria y rebaños, que venden á los mercaderes moros.

Si el emperador les permitiese la libre esportacion del trigo con derechos módicos, y si no tuviesen que pagar sino el impuesto decimal establecido por el Alcoran, se enriquecerian pronto, sin que por ello el tesoro imperial se resintiese en nada.

El terreno es, en efecto, tan fértil, que el trigo da ciento por uno; pero como el fisco les suscita tantas dificultades, apenas siembran lo que necesitan para su subsistencia.

Los únicos guardas de sus habitaciones son perros de gran tamaño y de una especie muy vigorosa. No bien estos centinelas descubren un extranjero, corren hácia él, y se veria en peligro de ser despedazado, si sus amos no les llamasen inmediatamente. Los perros ladran toda la noche, lo cual es muy útil para impedir á las fieras que se aproximen; pero fácil es comprender cuán desagradable debe ser esta música continua, al viajero que pide al sueño el necesario descanso.

El 4 de octubre á las seis de la mañana, Lemprieres se despidió de aquellos hospitalarios árabes, para trasladarse á Mamora, á donde llegó el mismo dia á las siete de la noche.

Al acercarse á Mamora, vió en las orillas de un lago muchos sepulcros de santos árabes, construidos de piedra y terminados en una cúpula bastante bien dispuesta; allí se encerraban los restos de alguno de los personajes tenidos en el país en opinion de santos.

Cuando un mahometano tenido por tal, llega al término de sus dias, se le entierra con la mayor solemnidad: constrúyese una capilla que le sirve de sepultura, y este lugar llega á ser mas sagrado que las mismas mezquitas.

Si algun criminal, por grande que sea su crimen, se refugia en una de estas capillas, está completamente seguro en este santuario, que el mismo emperador no se atreveria á violar. Los mahometanos que tienen algun padecimiento físico ó moral, se encaminan á estos santuarios, llamados *marabouts* en el Africa francesa, á implorar la proteccion de Dios, y salen de ellos con el espíritu completamente tranquilo: ¡tan grande es su confianza en la santidad de estos lugares!

Hay dos clases de santos en Berbería. Los mas reverenciados son aquellos que por medio de frecuentes abluciones, fervientes oraciones y otros actos de devoción,—máscara religiosa que oculta muchas veces no poca hipocresía,—han adquirido una extraordinaria reputacion de piedad.

Los idiotas y los locos forman la segunda clase de santos. Todos los pueblos han abrigado la creencia de que los insensatos estaban protegidos por los dioses. Sin esta creencia, los oráculos y los profetas del paganismo no hubieran alcanzado tanta celebridad. Estas ideas se conservan aun en Europa, entre las personas de escasa instruccion; así, pues, no debemos maravillarnos de que los moros consideren á esos pobres dementes como

unos seres inspirados por la Divinidad, y muy particularmente favorecidos por ella. Merced á esta creencia, los infelices faltos de razon son alimentados y vestidos gratuitamente; el pueblo acude á socorrer todas sus necesidades y muchas veces les hace regalos.

Menos peligro correria un moro haciendo un insulto al emperador, que escitando la cólera de esos falsos profetas.

Aparte de la especie de licencia que las preocupaciones populares autorizan en estos hipócritas insensatos, aprovechanse de la veneracion con que se les mira para cometer impunemente toda clase de crímenes. No há mucho tiempo, veíase en Marruecos uno de estos santos, cuyo habitual pasatiempo consistia en herir y aun en matar á las personas que tenian la desgracia de salirle al paso; pues bien: á pesar de las funestas consecuencias de su frenesí, se le dejaba en libertad. Su perversidad era tal, que mientras se recitaban las oraciones, acechaba el momento oportuno de poder arrojar una cuerda alrededor del cuello del primero con quien se encontraba, para estrangularle.

Durante mi permanencia en Marruecos, he podido convencerme por mí mismo del peligro que se corria al acercarse á estos santos dementes, cuyo mayor placer consistia en insultar á los cristianos.

No debo olvidar á los marabouts, que son los primeros santos de Marruecos. Esta clase de impostores, que se tiene por muy entendida en magia, goza de gran consideracion entre sus compatriotas. Viven en la holgazanería, venden sortilegios y se enriquecen á costa del pueblo.

Hay ademas montañeses ambulantes que se hacen pasar por favoritos de Mahoma; si hemos de darles crédito, ningun animal venenoso se atreve á atacarlos. Los mas extraordinarios de ellos son los *sidinasir* ó comedores de serpientes, á quienes, en los dias de mercado, el pueblo corre en tropel á verles tragar serpientes vivas. Una vez asistí á este horroroso espectáculo, y vi á un hombre que en menos de dos horas se engulló una serpiente viva, de mas de cuatro piés de longitud. Todo el tiempo que duró esta repugnante comida, estuvo bailando al son de una música vocal é instrumental, en medio del círculo que formaban los espectadores. Antes de atacar á la serpiente, hizo una breve oracion, que repitieron todos los circunstantes. Hecho esto, se comió al animal, empezando por la cola, y los concurrentes no se retiraron hasta que la hubo devorado completamente.

Lemprieres llegó temprano en la noche del 5 de octubre á Mamora, poblacion situada á cuarenta y cuatro millas de Larache, y edificada sobre una colina á la embocadura del Saloc, que desemboca en este punto en el Atlántico, formando una ensenada para los buques de escaso calado. Mamora tiene mucha semejanza con las demás ciudades del Imperio marroquí, lo que equivale á decir que nada ofrece digno de atencion. En otro tiempo perteneció á los portugueses, quienes la rodearon de una doble línea de murallas, cuyas ruinas se descubren aun; en aquella época tenia algunas fortificaciones que hoy están destruidas. Su única defensa actual consiste en un reducido fuerte, construido en la orilla del mar.

Lemprieres ha hablado ya de los lagos, de las hermosas plantaciones y de los pingües pastos que se encuentran en este camino. Todo esto se ve reunido en Mamora, cuyas cercanías son encantadoras.

El 6 de octubre, á las ocho de la mañana, Lemprieres se puso en camino para Salé, á donde llegó á las dos de la tarde. El camino de Mamora á Salé es delicioso, y pasa entre dos montañas que terminan en suaves declives, á un lado y otro de él.

A un cuarto de milla de Salé se levanta un antiguo acueducto que los naturales dicen haber sido fabricado por los moros, pero en el cual se descubre el estilo de la arquitectura romana. La pared de este acueducto, que es muy alto y de prodigioso espesor, tiene cerca de media milla de largo; la fábrica se compone de tres anchurosos arcos, siendo preciso pasar por debajo de uno de ellos para llegar á Salé. Aunque el tiempo ha hecho sentir su accion destructora en algunos sitios de este acueducto, esto no le impide servir todavia para hacer llegar un agua esquisita á Salé.

SALE.

Esta ciudad fue famosa en otro tiempo, y muchos novelistas la han celebrado en sus ingeniosas ficciones; pero lo que mas particularmente contribuyó á su celebridad, fueron los terribles piratas que salian de su puerto para derramarse por el mar, siendo muy conocidos con el nombre de *piratas de Salé*. Estos merodeadores marítimos fueron por mucho tiempo el terror del comercio europeo. No menos temibles por su arrojo que por su barbarie, habíanse hecho dueños del Océano, cuyas costas no estaban á cubierto de su rapacidad. Como el robo era su único objeto, emprendian las expediciones mas atrevidas para procurarse un considerable botin, y si no siempre asesinaban á los que tenian la desgracia de caer en sus manos, no era esto por humanidad ó compasion, sino solo para entregarlos como esclavos al lujo y al capricho de algun africano que los compraba á buen precio.

Aunque Salé es grande, nada tiene que pueda halazar la curiosidad del viajero. Una bateria de veinte cañones que da frente al mar, y un reducto bastante fuerte en la embocadura del río, constituian entonces sus medios de defensa.

Vamos á intercalar en la relacion de Lemprieres, la descripcion histórica y topográfica de Salé en 1500, por Leon el Africano:

«Salla es una ciudad muy antigua, edificada por los romanos, y conquistada mas adelante por los godos. Es muy cierto que los mahometanos entraron en estas regiones... Despues de la fundacion de la ciudad de Fez, los señores de esta la sometieron á su poder, y fue construida en las costas del Océano, en un sitio muy hermoso, á la distancia de milla y media de la ciudad de Rabato, de la cual está separada por el rio Buragrag. Las casas son de antigua construccion, pero están embellecidas y enriquecidas con mosaicos, y sostenidas sobre gruesas columnas de mármol; los templos están edificados con gran suntuosidad, y admirablemente adornados, como lo están igualmente las tiendas, que fueron fabricadas sobre arcos y pórticos, para separar, como dicen, las artes y oficios unos de otros. Así es que esta ciudad ostentaba todo el aparato, todas las cualidades y condiciones que se requieren para hacer á una ciudad culta y elevarla al grado de perfeccion á que debe llegar; debiendo ademas tenerse en cuenta que se veia frecuentada por diferentes generaciones y comerciantes cristianos, como genoveses, venecianos, ingleses y flamencos, porque Salé es el puerto de todo el reino de Fez. Pero en el año 660 de la Egra, su desgracia quiso que fuese tomada y asaltada por un ejército del rey de Castilla, que hizo salir á los habitantes para hacerla ocupar por los cristianos, quienes no pudieron permanecer en ella sino diez dias, por haber sido sorprendidos por Jacob, primer rey de la familia de Marin, y el cual no bien fue visto por los nuevos habitantes, cuando sintieron la cuchilla sobre su cuello, sin que el enemigo tuviese consideracion alguna á la calidad ó condicion de las personas, pues ejerció respecto de ellos el rigor de la mas refinada inhumanidad; sin mas escepcion que la de los que pudieron evadirse de semejantes furiosos, por hallarse mas dispuestos á la carrera que sus perseguidores. Si bien esta ciudad no se halla aun en poder de sus enemigos, encuéntrase, no obstante, muy decayda, así en edificios como en cultura, de tal manera que en todo su interior, y aun cerca de las murallas, se ven casas vacías é inhabitadas, en los mismos sitios en que se alzan columnas muy hermosas y se ostentan ventanas de mármol de diferentes colores; pero los habitantes las miran con la mayor indiferencia. Los alrededores son arenosos, y hay muchos sitios en donde crece poco trigo; sin embargo, tienen muchos hermosos jardines y campos que producen gran cantidad de algodón, con el cual los habitantes tejen telas muy ligeras y hermosas; lo cual hace que casi todos sean tejedores; en la ciudad se hacen tambien muchos peines que se trasportan al reino de Fez, pues hay abundancia de boj en sus inmediaciones, y abunda asimismo otra madera mas adecuada á este uso.»

La ciudad de Rabat está situada en la orilla opuesta; pero antes de esponer lo que era cuando la visitó Lemprieres, daremos á conocer, tambien con Leon el Africano, lo que en otro tiempo ha sido.

«Rabato es una ciudad muy grande, fundada por los modernos en la costa del Océano, en tiempo de Mansor, pontífice y rey de Marruecos; en sus inmediaciones nace el Buragrag, y á poca distancia desemboca en el mar. El fuerte que la defiende está situado á orillas del río, que lo rodea, y por el otro lado está ceñido por el Océano. La ciudad, así en murallas como en edificios, se parece á la de Marruecos; porque así fue espresamente construida por Mansor; pero una y otra difieren en cuanto á la estension de su circuito, y esta no puede igualarse á aquella, ni con mucho.»

Despues de referir que Mansor hizo construir á Rabat, para establecer en ella su residencia de verano, Leon el Africano prosigue en estos términos:

«Hizo edificar esta ciudad embelleciéndola con hermosos templos, suntuosos edificios, casas de todo el género, ostentosas tiendas, colegios, baños y tiendas de géneros al por menor. Hizo ademas levantar una torre fuera de la puerta, que está en frente del Mediodía, igual á la de Marruecos, sin mas diferencia que la de que esta tiene la escalera mas ancha; tan ancha que tres caballos pueden subir por ella de frente; segun se dice, se puede descubrir desde su cúspide un buque, á larga distancia en el mar.

(Se continuará.)

EL MODERNO OLIMPO.

La civilizacion ha entrado en su período de madurez; se encuentra en el caso de las cerezas y de las uvas que, de verdes, y amargas, y ágras que eran, son dulces en la época de su recoleccion. Pero así como entre estas hay algunas que, á pesar de todas las circunstancias mas favorables á la vegetacion, nunca llegan á tener un gusto sabroso, así tambien aquella conserva todavia muchos vicios, que indudablemente se estirparán, pero que subsisten hoy dia.



COSTUMBRES DE MADRID.—UN CAFÉ Á LOS CUATRO VIENTOS.

La civilización, que desde que salió del seno de la barbarie, ha corrido y dado la vuelta á Europa una y otra vez, ya envuelta entre papeles impresos, como si fuese género de especiería, ya en las diligencias, que han bajado en la Bolsa desde que los caminos de hierro han ido generalizándose; ora por los ferro-carriles, ora por conducto de la telegrafía eléctrica, ó por el vapor, y que se prepara á surcar los aires como las palomas y las golondrinas; la civilización, pues, armada con la terrible maza de sus adelantos ha perseguido y aplastado infinidad de preocupaciones que en el mundo reinaban como soberanas absolutas.

El antiguo paganismo ha rodado á sus piés como un mueble inútil y gastado. Ya no se adoran en esta parte del globo serpientes, sapos, bueyes, rios, pájaros y piedras, objetos del culto de los antiguos, y que apenas merecen una mención en nuestra edad, en que el conocimiento de la mitología solo sirve para mejor entender las literaturas, las leyes, las costumbres, las religiones y las artes de otras edades remotas.

Pero con el transcurso de los siglos, cuando el mundo, ó por lo menos Europa, que es, digámoslo así, el tambor mayor de la banda de los pueblos; cuando la humanidad toda (Europa, se entiende) haya llegado al período que los socialistas crean llaman de la *Armonía*, que es el *Non Plus Ultra* de la perfección á que podemos aspirar los que vivimos de tejas abajo, y á los civilizados de hoy se nos bautice con el espresivo epíteto de *barbaros*, entonces se descubrirá por completo la nueva idolatría, el Moderno Olimpo, oculto ahora bajo un velo espeso, es cierto, pero no tan impenetrable que los ojos de la filosofía no vean algo de lo que en sus regiones pasa.

¿Quién será tan cándido que crea que el cristianismo ha concluido ya su tarea, porque Júpiter no tiene templos, porque Neptuno ha perdido su dominio sobre las aguas, y Eolo el suyo sobre los vientos?... La idolatría existe; habrán variado de nombres sus divinidades, la forma de estas será otra, diverso el conjunto de ceremonias de su adoración, pero el hecho es que existe.

Levantad el velo, y ved.

Es una gran asamblea de divinidades al uso.

El dios *Paz*, con una corona de hierro ceñida á las sienas, un trabuco en una mano y un puñal en el cinto, aparece sentado sobre un monton de ruinas, símbolo de sus instintos organizadores.

El dios *Oro* está á su derecha, junto á una mina resplandeciente, que contempla con ansia devoradora una

multitud de zánganos mimados por la suerte que la explotarán en beneficio propio.

El *Lujo* es ese otro que apesta á esencias, que de arriba abajo está cubierto de riquísimas cadenas y de sortijas, tan rizado, tan afeitado, tan coloradito y tan insolente: es un Dios que, sin embargo, para mantener su pompa necesita acudir á los prestamistas del Olimpo, y para mantener su cuerpo á que le fien en los almacenes de ultramarinos que tambien hay por allá. El día en que estrenó un frac, empenó la camisa única que tenia.

A su lado está la *Vanidad*, hija bastarda del *Orgullo*, la cual se presenta, como veis, bajo la vaporosa forma de una nube de humo, porque su cuerpo fue abrasado por el fuego del amor propio escesivo.

Detrás de la *Vanidad*, la *Ignorancia* y la *Osadía* juegan á la política para ver quién se lleva el *Poder*, el cual, como á hijas predilectas, las acaricia y da bombones y yemas acarameladas.

Ahí teneis la *Fuerza*, representada por un sargento de caballería, con la cabeza cubierta, y á sus plantas humildemente prosternados, sombrero en mano, la *Razon* y el *Talento*.

Simboliza la *Adulación* ese jovencuelo vivaracho, atortolado, audaz, entrometido, en cuya cabeza y en la parte correspondiente á la coronilla se distingue un agujero, y en su fondo una gran cantidad de agua. Este joven, semi-acéfalo, pues aunque tiene cráneo, carece de masa cerebral, goza de la completa confianza de *El Gran Nada*, que es el Sumo Dios, á quien él, como otros muchos millares de jóvenes y de viejos quitan con presteza y amabilidad incomparables la pelusa que lleva pegada al frac, le limpian el polvo de las botas con raro entendimiento, y hasta, si se ofrece, le sirven la jícara de chocolate con esquisita perseverancia.

Esa que sale lanzando á todas partes miradas lascivas y provocadoras, es la *Prostitucion*; viene casi desnuda, rodeada de multitud de adoradores que entonan melodiosos himnos á la impudicia; su sonrisa brilla y atrae entre olorosas nubes de color de rosa y oro.

Síguela el *Cinismo*, horrible monstruo de cuatro cabezas é igual número de caras; cada una de las cuales mira á uno de los cuatro puntos cardinales del Olimpo, sin alterarse por nada de lo que sucede en torno suyo.

Puebla, en fin, el moderno Olimpo una turba interminable de diosillos de tres al cuarto, ó subalternos, pero que tienen y ejercen el monopolio del mundo sublunar; ó mejor dicho, lo tienen y ejercen en su nombre sus apoderados, devotos ó representantes en la tierra.

Los hombres de bien son cristianos puros, sin mezcla alguna de preocupacion pagana.

Los pícaros y los perdidos son los únicos iniciados en los misterios, ritos y prácticas de aquellas divinidades, y en su consecuencia los que viven con esplendor y escándalo, y los que vivirán hasta que la voz de la justicia truene de un polo al otro, pronunciando su terrible sentencia, con estas palabras: ¡*Los dioses se van!*

VENTURA RUIZ AGUILERA.

Geroglífico.



La solución en el número próximo.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSÉ ROIG.—IMP. DE GASPAR Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4. 1860.

Los se p agita ciras Puen da ti vient nald llone. estab rosos hasta de d vient Me res d ejérc dico Aque inacc preci en el trasa indic de un las op nera